

CONCLUSIONES

En la parte final de este libro, como todo cierre, intentaremos sintetizar lo que aquí se ha planteado; sin embargo, debido a la naturaleza de los temas tratados, pretendemos más bien elaborar resúmenes amplios sobre la base de su interrelación.

Partiendo de ello, las conclusiones que aquí abonamos estarán separadas en tres rubros: lo concerniente a la comunicación, lo concerniente a la relación entre comunicación y concepto de realidad social dándose en lo dado, y lo que tiene que ver, en función de lo anterior, con el trabajo de investigación en la ciencia social.

I.

La ciencia y el método científico en el que se ampara nos obliga a plantear necesariamente investigaciones de carácter dialéctico, pues sólo desde un pensar dialéctico, que es lo que configura el pensar epistémico-metodológico sobre el que nos hemos centrado en este libro, es posible captar el movimiento de esa realidad escurridiza, inédita, siempre teniendo lugar que es la realidad social.

Así, el mecanismo de contrastación que hemos definido antes desde el plano de la argumentación lógica siempre en correspondencia con la realidad que se estudia, si bien pasa por el rigor conceptual antes mencionado, abona asimismo a un pensar epistémico que dista mucho del pensar teórico sobre el que normalmente anclamos nuestra actividad científica los científicos sociales.

Zemelman (s/f-a) señala con razón que la falta de consciencia en torno al desajuste entre teoría y realidad, provoca un desajuste en los mecanismos de denotación de la misma. Ello sugiere a su vez un problema que no se resuelve desde la teoría puesto que el problema mismo es en esencia teórico. Señala el autor que cualquier teoría, por más brillante que sea, siempre corre el riesgo de desfasarse de la realidad, debido a la naturaleza intrínsecamente mutable de esta. Así, como se puede ver, se trata de un problema que hay que resolver epistemológicamente, es decir, desde el discurso de la colocación de la ciencia que el propio autor ha planteado (Zemelman, s/f-b).

Este pensar epistémico-metodológico, en sus palabras, permite resolver la relación de conocimiento que se establece con esa misma realidad que se pretende estudiar, aprehender, comprender, nombrar. En ese sentido, el pensamiento teórico al remitir a sus propios contenidos genera siempre un discurso predicativo, es decir, atributivo de propiedades, generando así mediante ello afirmaciones sobre la realidad. El pensamiento teórico –a diferencia del pensamiento epistémico-metodológico que es el que aquí se pondera– siempre contiene contenidos organizados, dando a la luz proposiciones altamente precisas que –desde ese mismo atributo de precisión– terminan por encasillar a priorísticamente a la realidad que se intenta indagar.

En cambio, el pensamiento epistémico-metodológico que se propone desde la epistemología crítica zemelmaniana, evade los predicados y hace centro en las preguntas, tal y como lo hemos referido. Ello no implica, no obstante, hacer de las preguntas una mera conjetura. Tal y como lo señala Zemelman (s/f-a), el pensamiento epistémico-metodológico se coloca ante las circunstancias sin anticipar ninguna propiedad de ellas. Aquí, como se puede ver, se vuelca el problema hacia el nombrar como actividad predicativa, teórica.

El problema que a esto subyace, como ya hemos señalado, es –como planteara acertadamente Bachelard (1978)- el de ponerle nombres viejos a realidades nuevas, lo que va estrechamente vinculado a la errónea idea de que la realidad social, por no tener un nombre claro a la hora de interrogarla, es innombrable *per se*. Ciertamente se trata de un pensamiento a contra corriente. Si apelamos a la famosa sentencia de Lakatos (1975) cuando afirma que la construcción de conocimiento avanza en la medida en que la razón se ha podido pensar en contra de la razón, es posible entender cómo es de necesario realizar la ruptura teórica para abandonar las “certezas” que nos constituyen en tanto han abonado a la explicación del mundo que habitamos y de nosotros mismos.

Pensar en contra de dichas certezas impide quedarnos atrapados en contenidos definidos de antemano, posibilitando el distanciamiento necesario con respecto a ellos para poder desarticularlos y empezar así, con el pie derecho, a transitar el camino de la búsqueda de significaciones con las que nombrar la realidad que estamos tratando de pensar y comprender.

Mientras más rigurosos y lógicos nos parezcan los conceptos antes construidos, más nos alejamos de la posibilidad de salirnos del discurso teórico al interior del cual se cobijan. Las historias conceptuales que nos ha legado Koselleck (2004), hablan elocuentemente en esa dirección. Hay que distanciarse de esos constructos teórico-conceptuales si deseamos realmente pensar epistémicamente la realidad social; de ahí la insistencia de Zemelman (s/f-a) en la necesidad de recurrir a las categorías.

Desde el punto de vista de este autor, las categorías no tienen un contenido preciso, y en ese sentido pueden adquirir valores distintos. Zemelman (s/f-a) las llama posibilidades de contenido, en tanto objetos de referencia de construcciones teóricas diferentes. Es así que el empleo de categorías en lugar de conceptos con contenidos predicativos claros, contribuye al pensar epistémico-metodológico en la medida en que este pensar se constituye pre-teóricamente.

Las categorías no explican, sino que permiten pensar para nombrar comprensivamente la realidad social desde la construcción de una relación de conocimiento que va emergiendo de su articulación con otras categorías. Es ello lo que sugiere la existencia de un ángulo de análisis, una perspectiva donde los problemas adquieren sentido como tales, es decir, en términos de su susceptibilidad para teorizarse; o lo que es lo mismo: en sus múltiples posibilidades de teorización. Es ahí donde Zemelman (s/f-a) sitúa la construcción de un problema de investigación, y como se ha podido ver, esta ubicación no hace al problema uno que tenga que contestarse necesariamente desde la investigación aplicada, sino que más bien su contestación o respuesta debe abonar a la construcción rigurosa de argumentos lógicos que logren describir, comprensivamente, dicha realidad.

A propósito de ello, el rigor con que desde la epistemología crítica se piensa al interior de la fórmula desarticulación-articulación conceptual, parte de entender al concepto más que como un ente inserto en el cuerpo de una explicación concreta sobre la realidad (una teoría), como una categoría analítica, es decir, como un concepto no predicativo, sin el contenido histórico del que ha emergido. Por ello la insistencia en la desarticulación pues ante el desfase teórico con respecto a la realidad (que, como ya hemos visto, es un desfase que sucede de forma natural en tanto la realidad social, por su naturaleza mutable, es inaprehensible de forma definitiva por las teorías que en un momento dado contribuyeron a su comprensión), se hace necesario usar el concepto de manera tal que no arrastre consigo dicha explicación, toda vez que esta es, también por naturaleza propia, acotada socio-históricamente.

Lo anterior significa abdicar del trabajo científico tal cual hemos aprendido a lo largo de nuestra formación. No es una tarea fácil, pero ciertamente es una imprescindible. Y ello patentamente ese uso reconstructivo de la teoría que sugiere De La Garza (2009; 2018), que formula su pertinencia precisamente en la relación siempre helicoidal –como plantea Cortés (2015)– entre descripción y realidad. Es ello lo que configura el meollo de una aproximación no apriorística a la realidad social, poniendo en entredicho las antiguas “certezas” para permitir su abordaje de forma heurística, tal y como preconiza la lógica del descubrimiento a la que se apela desde la epistemología crítica zemelmaniana.

De esta manera, entender que la condición histórica de los sucesos en su genealogía impacta en el presente de los mismos estableciendo una particular configuración que es necesaria observar, implica así “descubrir” lo que Zemelman (1987; 1997; 2003a; 2003b; 2009, 2011) ha nombrado como la condición dado-dándose de todo fenómeno social, condición que constituye un binomio imprescindible e insoslayable en el análisis de los procesos y fenómenos sociales. Lo dado-dándose instala así una perspectiva analítica necesaria para el científico social ya que su objeto de estudio se inserta en esa dinámica.

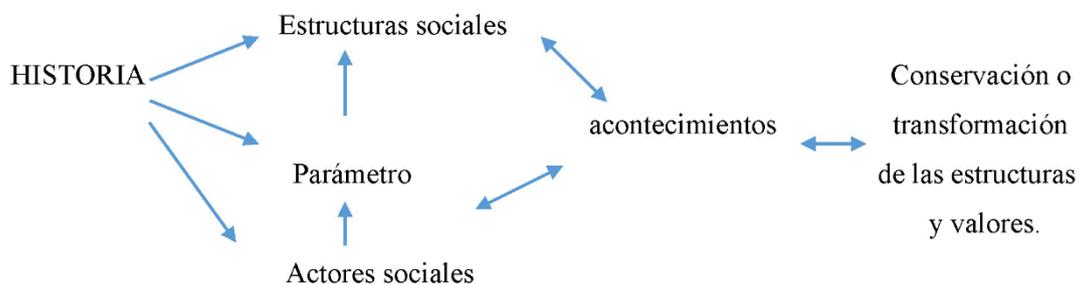
Tener en cuenta lo anterior permite fincar posturas al interior de un enfoque epistemológico ciertamente más complejo, pero también más correspondiente con las regularidades y discontinuidades que observamos y entendemos como realidad. Es precisamente ello lo que hemos nombrado como el ideal de la objetividad de la ciencia, pues los fenómenos sociales que nos interesan investigar no surgen de la nada, sino que más bien las claves de su gestación se encuentran en las mediaciones que configuran los significados resultado de la experiencia vital e histórica de los actores sociales y que son susceptibles, en principio, de adquirir cualquier valor. Así, el pasado se vincula en su relación dialéctica con el futuro a través del presente.

Lo dado, o lo que es lo mismo, lo aparentemente autónomo, en tanto ha alcanzado una explicación más allá del presente y la historia, aparece así configurando una instancia “fijada” en torno a un estado de cosas determinado, donde “fijada” significa el entendimiento de que las estructuras de relación suponen la construcción –históricamente fraguada– de un andamiaje o esqueleto que configura la síntesis simbólica (parametral) del orden en el que convergen las prácticas y los valores sobre las que se sostienen y que se asumen como dadas. Este “así son las cosas”, “así están dadas antes de que yo naciera” gesta un mecanismo psicológico que apunta por sí solo a la generación de certezas; es por tanto un mecanismo funcional para la reducción de la incertidumbre, pero también es un mecanismo funcional para el mantenimiento de un orden de cosas que evita o bordea su transformación.

La incertidumbre, como ya hemos dicho, es parte constitutiva de nuestra genealogía humana. Sólo podemos estar seguros del presente, que es donde vivimos y pensamos; y también es el *locus* de lo que nos consta en términos de experiencia y por tanto de cognición más o menos incuestionable de las cosas, el mundo y la vida misma. En el presente asumimos lo que pasa como dándose, es decir, como lo que si bien puede estar de alguna manera bajo nuestro control (y de alguna manera, pues es claro que el mundo social no depende sólo de nosotros), está atravesado por un sinfín de factores que pueden variar de un momento a otro la configuración misma de la estructura en la que dicho presente se asienta.

El presente es un campo minado de incertidumbres y sólo la consciencia de una dimensión histórica de la experiencia permite hacer emerger el abanico de sus posibilidades. Por ello, aunque la historia no es ni puede ser un resumen de las frecuencias de un suceso, sino más bien una coyuntura en tanto conjunto de las continuidades y discontinuidades del acontecer que hacen posible la probabilidad de la frecuencia misma, el error posible en este traslape tiene que ver con la idea misma de predicción, pues predecir desde lo histórico es un sinsentido.

Más bien lo que aquí planteamos es la necesidad de la perspectiva histórica para comprender lo social en su propia constitución, lo que a nuestro juicio necesariamente pasa por visibilizar las condiciones objetivas y subjetivas latentes que cristalizan en ella. La comprensión histórica en ese sentido tiene más de proyecto de comprensión que de predicción. La propuesta metodológica antes esbozada puede sintetizarse de la siguiente manera.



El esquema anterior debe leerse en toda su complejidad porque la historia, en tanto proceso de constitución de la posibilidad del presente (Bloch, 2004), también supone la lectura de una configuración particular de lo social a través de la participación nunca soslayable de los actores sociales en el escenario social a partir de la correlación de fuerzas siempre cambiante –al menos potencialmente- entre ellos.

De esa manera, los actores sociales que logran imponer vía la comunicación, por ejemplo, su parámetro –entendido este como un mecanismo para orientar y regular el sentido de la vida para los miembros de una comunidad- deben asegurar también la pervivencia y reproducción de los valores y significados propios de dicho parámetro a través de estructuras sociales (el lenguaje y las relaciones sociales, entre ellas) que le sirvan de mecanismo para su emergencia, reproducción y conservación.

Lo que entendemos normalmente por cultura, fundamentalmente en términos de cultura dominante, no es más que la síntesis valórica (en función de los significados del mundo o la realidad física, social y simbólica) que se fragua a partir de esa correlación de fuerzas a la que antes hemos aludido. Es ello a lo que Zemelman (2009) se refiere cuando habla de la importancia de las estructuras parametrales que, por supuesto, la práctica comunicativa contribuye tanto a reproducir como a transformar.

Por eso, todo sistema de valores (léase parámetro) al concretarse u objetivarse en una estructura social determinada, la interviene a través de la acción comunicativa, expresiva, de los actores sociales, tanto en aras de su transformación como de su conservación y reproducción. Ello permite visibilizar la lucha entre dichos actores (con sus matices antagónicos y de negociación también en muchos casos), misma que se visibiliza y adquiere su carácter pleno de lucha social en el terreno de las relaciones sociales, donde el triunfo de unos actores y sus significados sobre otros formalizan —a través de las estructuras institucionales ya dadas, o bien transformadas— la emergencia de determinado orden social.

Así, el mantenimiento o conservación de las estructuras sociales no puede más que fraguarse en el mantenimiento o conservación de la correlación de fuerzas entre los actores sociales, dadas fundamentalmente a través de la lucha por el poder simbólico que se detenta a través de las prácticas comunicativas; de ahí que los actores sociales —en pleno uso de la estructura social en la que la dominación se ampara como posición social ventajosa a lo Bourdieu— luchen también por la construcción de mecanismos y la adquisición de recursos que les permitan mantener y/o transformar dichas posiciones y con ello mantener y/o transformar también el poder sobre el resto de los actores sociales, sus significados y la estructura social en la que se objetivan.

II.

Entender lo anterior es, a nuestro modo de ver, una manera plausible de acercarnos a la comprensión del futuro —en tanto posible— en el presente, toda vez que la fuerza de la contingencia coyuntural a la que la vida misma nos aboca sin remedio, se imbrica en su propia constitución.

Como ya se ha comentado, poder pensar el futuro es una facultad propia de los seres humanos dado el desarrollo de sus capacidades de imaginación a partir del desarrollo del neocórtex cerebral (Damasio, 2016; Mora, 2005; Sagan, 2016), pero como dijera Bloch (2004) esta capacidad de pensar el futuro se activa justamente a raíz de las contradicciones siempre activas del presente, y estas contradicciones no hacen más que evidenciar el agotamiento de un modelo de relaciones sociales, es decir, de una configuración dominante de lo social en función de la correlación de fuerzas que históricamente se ha establecido a partir de su propia conformación. Ello confirma también el agotamiento del sistema de significados que configura la cultura, garantizando así la emergencia de su transformación, que es lo que permite a su vez contribuir con la transformación del parámetro.

Así, desde las prácticas comunicativas se configura la realidad social partiendo de cuánto impacte la significación de la experiencia (entendida como momento previo al presente, es

decir, como pasado), el uso comunicativo de dicha significación (que se configura a través de una acción comunicativa, expresiva, en el presente) y la manera que todo ello, inserto en condiciones socio-históricas concretas que adquieren cristalización cabal en un tiempo-espacio determinado, configura la posibilidad de la acción social posible (el futuro).

De esta manera, se hace evidente cómo la correlación analítica pasado-presente-futuro vía la comunicación sirve para comprender al propio presente, desde ese peso de lo incierto desde el cual se configura, en torno a la conservación/transformación de la estrecha relación que a la manera de constelación (Zemelman, 2009) configura la relación entre acontecimientos, circunstancias, significados y actores sociales.

Como se puede ver, más allá de lo comunicativo, la unidad dialéctica que evidencia lo anterior entrelaza indefectiblemente al pasado, al presente y al futuro en una dimensión cuasi azarosa, estocástica; de lo que se desprende el sentido potencial de su falsabilidad como propuesta teórica resultante. El pensar científico responde así al pensar epistémico-metodológico como pensar complejo de la ciencia que de no mantenerse como ideal corre el riesgo de favorecer narrativas incorrectas e incluso perniciosas para la ciencia misma.

Hoy en día, asistimos por ejemplo al trastocamiento del ideal de progreso de la ciencia que fundara la Modernidad, un ideal que está mayormente atado al sentido de nuestra supervivencia como especie, en tanto desde ella se garantiza (o más bien, se intenta garantizar) las condiciones óptimas para una supervivencia que apunte a la calidad de vida, especialmente ya no en términos de especie, sino en términos de individuo y de calidad de vida desde el punto de vista ciudadano.

Libertad, secularización y progreso se constituyeron desde la Modernidad en una trilogía inseparable, y el pensamiento postmoderno –aunque no sin razón- las atacó sin piedad, haciendo de la razón el meollo de su enfrentamiento. Esto fraguó el socavamiento de la ciencia en su teleología, o si se prefiere en su ideal. Pero en lugar de proponer qué sustituiría el socavón de la razón de la ciencia, los postmodernos se contentaron con dejar el “hueco”, metiéndonos a todos en un problema tal del que las ciencias sociales no han logrado recuperarse del todo.

Actualmente pululan un sinnúmero de investigaciones en ciencias sociales que han abandonado –probablemente de manera inconsciente- su pretensión de incidencia en el futuro; de ahí el resquebrajamiento o simplemente soslayo de los análisis históricos y de ahí también la asunción más o menos concomitante del entendimiento de lo social como algo dado y no como algo dándose en lo dado.

Dentro de los presupuestos del pensar epistémico-metodológico en el que aquí hemos hecho eco, tal y como ya hemos comentado, resulta insoslayable tener en cuenta esta doble condición del presente para el análisis científico de lo social, donde los fenómenos comunicativos, como ya hemos señalado, facturan un papel fundamental.

El binomio dado-dándose es pocas veces asumido a cabalidad en el tratamiento de lo social puesto que implica pensar en la relación, a nuestro entender estrechamente indivisible, entre la configuración de las estructuras sociales y los sistemas de significados que subyacen a dichas estructuras al interior de una correlación histórica de fuerzas determinada por la

experiencia histórica y biográfica disímil, desigual, entre los actores sociales involucrados. Se trata, en suma, de un pensar complejo y helicoidal.

En ese sentido, ajustar nuestra reflexión metodológica y epistemológica a esta realidad siempre cambiante –al menos en potencia– surcada por el cúmulo de conocimientos científicos y no científicos que impactan en la acción, el pensamiento y los sentimientos que los individuos y grupos sociales construyen y proyectan comunicativamente siempre al amparo de sus experiencias de vida en los procesos históricos de socialización a los que están abocados a vivir en tanto seres sociales, permite abonar a la metáfora helicoidal del pensar científico que aquí hemos intentado conceptualizar, junto a los postulados de la epistemología crítica, como pensar epistémico-metodológico.

Tratando de sintetizar lo que consideramos son los factores que inciden en la configuración de lo social-histórico-cultural que se asienta a través de la construcción y proyección expresiva de los significados derivados de la experiencia, los tres aspectos que consideramos fundamentales para pensar epistémica y metodológicamente el análisis de lo social son: las estructuras sociales, la acción de los sujetos sociales y el sistema de valores dominante que configura y guía, respectivamente, a las estructuras y acciones, y que ya vimos que es dependiente –al menos en su potencialidad– de la subjetividad de los individuos y grupos sociales y el cúmulo de conocimiento social acumulado al respecto (cultura).

El factor de las estructuras sociales revela el orden de lo dado, de lo inamovible y lo prácticamente autónomo; es decir: se rige por sus propias reglas de funcionamiento. Estas reglas se definen a nivel estructural como reglas que permiten asegurar una determinada correlación histórica de fuerzas o una determinada estructura de poder, haciendo que se conserven o reproduzcan sus formas y contenidos por medio de las prácticas comunicativas. Si la estructura de poder se mantiene o no en el presente, ello es debido al potencial de acción de la expresión entre los actores sociales, los cuales desde su subjetividad individual y colectiva “llegan” a dicha estructura no para formar parte de ella –cosa que de alguna está presente desde que nacemos y aun inconscientemente–, sino más bien para participar e intervenirla.

Ello implica que la participación o agencia social tiene lugar no sólo desde las posiciones objetivas que ocupan dichos actores en el espacio social, sino también desde las percepciones subjetivas que han configurado durante su ciclo de vida proyectando su expresión consciente o inconscientemente y a partir de ello su modo de pensar, sentir y vivir la vida, así como los valores y significados que le dan sentido.

A diferencia de lo dado, vinculado a las estructuras, lo dándose es, en principio, una ruleta rusa. Nadie sabe con certeza de antemano cómo pueden impactar en la configuración de las relaciones sociales esos modos de pensar, sentir y vivir la vida desplegados bajo la teleología de la proyección expresiva de los significados propios de cada individuo, de cada grupo social, de cada comunidad. Y tampoco nadie sabe con certeza previamente cómo la configuración de las relaciones sociales en un tiempo-espacio dado, fraguada a partir de la convergencia o divergencia del entrelazamiento mutuo e inevitable entre diferentes emocionalidades y racionalidades afectará, modificando o reforzando, la estructura del orden social donde dichas relaciones tienen lugar a partir de las interacciones comunicativas o expresivas que los actores sociales gestan a través de las relaciones y prácticas sociales que, efímeras o no, establecen entre ellos.

Aunque es posible comprender históricamente el estado de las relaciones sociales del presente al interior de una correlación de fuerzas determinadas en una circunstancia histórica específica, no es menos cierto que la naturaleza dinámica del presente dada a través de las interacciones comunicativas que lo configuran, no augura necesariamente la estabilidad de dicho estado, como tampoco puede hacerlo en términos de su posible transformación. Es por ello que el presente siempre es un dándose que se ampara en lo dado del presente-pasado en tanto, de cierta forma, es fruto de él. Pero que el presente sea el fruto o el resultado del pasado sólo refiere a las posibilidades de origen de su ocurrencia y nada dice acerca de su desarrollo o desenvolvimiento en el futuro.

Si tenemos en cuenta que el presente es el instante que vivimos, que es el ahora del aquí, y el pasado y el futuro son el antes (la memoria, lo dado, la estructura) y el después (lo posible) del ahora, respectivamente, queda claro que la interrelación pasado-presente-futuro es sumamente contingente e interdependiente y siempre constante, en tanto no hay ámbito de lo histórico-social-cultural ajeno a las contingencias de la expresión humana siempre potencialmente imprevisible. Como seres vivientes, siempre tenemos un pie en sendos condicionamientos y nuestro comportamiento todo, incluyendo el socio-comunicativo, siendo condicionado por ello, que a su vez lo condiciona también.

Por ejemplo, mantener estables las expresiones humanas que gestan las circunstancias desde las que se configura un orden dado de relaciones sociales en el presente, por lo general obedece a una buena gestión del poder (ya sea para crear consenso, o bien a través del sometimiento eficaz). Sin embargo, no hay que perder de vista que esta gestión eficaz del poder a través de la cual se mantiene, conserva y reproduce legítimamente un cierto estado de cosas en lo social puede deberse también –y correlaciona con el condicionamiento anterior– a la inconsciencia de los actores sociales para transformarlo, asumiendo la realidad social como un karma, como “esto es lo que es” o el famoso “así son las cosas”. La comunicación, en este escenario, proyecta una expresión normalizada.

En cambio, cuando la estabilidad social se ve socavada es porque ocurre la acción contraria. La comunicación no se normaliza, sino que se transgreden sus tipos, formas y/o contenidos, transformando así los tipos, formas y contenidos de las relaciones sociales que se gestan a partir de las interacciones comunicativas que tienen lugar en lo social. La articulación pasado-presente-futuro se torna aquí inteligible, fracturándose y forzando así una nueva configuración, sea esta radicalmente distinta o no.

Si bien nacemos en el marco de una cultura y una sociedad que tiene sus reglas de operación configuradas históricamente, el hecho de nacer y dar nuestros primeros pasos en la vida no garantiza por siempre que nos conformemos con los que nos tocó. Ni siquiera garantiza que asumamos el pensar, el sentir y el vivir de nuestra comunidad de origen, o que asumamos y defendamos sus valores a ultranza pues si bien en la socialización se nos abre el mundo al mundo del otro desconocido (encontrando en ello coincidencias y divergencias), es también gracias a nuestra capacidad de sentir y significar lo que sentimos vía la experiencia propia, biográfica, individual y colectiva que podemos, en principio, construir un sistema de representaciones también propio a partir del cual proyectarnos expresivamente, comunicativamente.

Por supuesto que este sistema propio de representaciones va insertándose también –y a veces de manera muy rápida y relevante– en el sistema de representaciones de la comunidad en la

que nos desarrollamos, y por supuesto es cierto también que nuestras posibilidades de resistir a esta convergencia no son infinitas ni claras. Hablar una misma lengua, regirse por los mismos dioses, comer la misma comida, vestirse de la misma manera, sancionar lo sancionable desde un sistema de reglas que nos antecede, etc., todo eso es cultural y lo aprendemos, lo que logra tener un impacto bastante grande en la configuración de nuestra identidad, nuestro sentido de pertenencia y por supuesto en lo que proyectamos comunicativamente.

Sin embargo, no hay que descuidar el hecho de que esto puede subvertirse, y es posible porque los seres humanos tenemos la capacidad de hacerlo. El poder de esta capacidad no obstante no es total, pues siempre tiene fisuras e imposibilidades. Pero no debemos olvidar que la facultad de poner en marcha nuestro libre albedrío está siempre presente, y esto puede acrecentar el diámetro de las fisuras, volviendo posible lo pensado antes como imposible.

En ese sentido, los seres humanos siempre podemos transformar el mundo en el que vivimos, y desde la propuesta que aquí hacemos esta transformación comienza por la construcción de significados sobre la experiencia que luego deben ser proyectados expresivamente en lo social a través de las interacciones comunicativas que sí o sí estamos obligados a sostener, aunque para ello debemos sentir al menos cierta inconformidad –ya sea consciente o inconscientemente- con un orden de cosas en particular.

Por eso, ya sea que lo transformemos o no, es plausible pensar que a partir de la información (intelectiva y/o emocional) con la que “llegamos” a la relación social fruto de nuestra experiencia en el mundo, podemos tener una idea más o menos clara de lo que somos y del lugar que ocupamos en la realidad social, configurando así una relación con el mundo del otro, sus emociones, sus valores, su posición social, etc., que es esencialmente expresiva, en tanto dice de quienes somos, de quienes hemos sido y de quienes podemos ser.

En consecuencia con lo anterior, es plausible pensar que las interacciones comunicativas configuran las relaciones sociales, tanto las interpersonales como las colectivas –mediadas o no por dispositivos institucionales de toda índole- adquiriendo una configuración particular que variará en dependencia de lo anterior, así como de las condiciones histórico-sociales concretas de lo dado-dándose en el presente donde ocurren.

Si se participa en dichas relaciones asumiendo que lo dado es lo que es y que es imposible su reversión, es bastante probable que la correlación de fuerzas no se modifique, contribuyendo así a estabilizar el sistema de poder del orden social-cultural dado en cuestión. De manera contraria, si se participa de forma tal que se asuma la contingencia misma del instante en que dicha relación se da, es plausible dar comienzo a una lucha o disputa por dicha transformación que no es más que una confrontación no lineal –en tanto atravesada por resistencias que articulan retrocesos y avances disímiles- que favorecerían el movimiento de esa correlación de fuerzas a favor de la posesión, la legitimación y la conservación de ciertos significados en detrimento de otros, pudiendo así, incluso, transformar las estructuras, tanto las sociales-histórico-institucionales, como las parametrales a las que apela Zemelman, donde aquellas se objetivan.

En dependencia del carácter o naturaleza de dicho movimiento, éste será lento e imperceptible (vía democrática y garantista en términos políticos), o bien radical (las revoluciones, por ejemplo), lo que, en el largo o el corto plazo, respectivamente, favorecerá

la transformación de lo social y de lo cultural, en el entendido que toda transformación social supone la transformación del sistema de valores dominante en el cual se asienta. Esto, debemos aclarar, en ningún momento nos garantiza un cambio para mejor; sólo es posible referir la posibilidad del cambio y nada más.

Es por ello que insistimos en que lo social y lo cultural no son ámbitos históricos separados de lo individual-biológico. Como ya hemos visto, las emociones y afectos son potentes configuradores de la subjetividad y la consciencia humana, y su papel en la construcción de las relaciones e identidades sociales permiten su configuración a través de la lucha y negociación por la legitimidad de las mismas al amparo del sistema de valores, creencias y significados en las que se asientan en la arena social.

Estas identidades y relaciones siempre se actualizan de manera concreta en la relación social históricamente posible para construir o actualizar ámbitos y sentidos de pertenencia e identificación subjetiva y social, de manera que las emociones y los afectos que configuran las percepciones y representaciones más o menos complejas de los individuos y grupos sociales establecería una dependencia con respecto a la estructura lógico-emotiva individual y colectiva que subyace históricamente a la dinámica histórica misma de lo social y lo cultural.

En consecuencia con lo anterior, el abordaje que hemos propuesto en torno al pensar epistémico-metodológico para el análisis de lo social desde la articulación biología-cultura, deberá suponer necesariamente la interrelación entre dos niveles de análisis: un nivel macro, vinculado a los condicionamientos propios que ejerce la estructura social en los individuos y grupos sociales en la configuración de las relaciones sociales, y un nivel subjetivo donde se configura y tiene lugar la construcción de la subjetividad tanto a nivel individual como social.

No obstante, al estar condicionados estos últimos procesos también desde el punto de vista neurobiológico (Damasio, 2000, 2015a; 2015b; 2016) y Mora (2005) y psicológico (Moscovici, 2001; Jung; 2005; Lacan, 1989), a través de la configuración de las sensaciones y emociones que constituyen el sustrato biológico de las estructuras parametrales o representaciones culturales, ello hace patente la necesidad de un abordaje más incisivo en torno al papel de lo subjetivo y lo histórico en torno a la cultura y lo social tanto en términos lógicos o racional-cognitivos, como en términos psicológicos y emocionales.

Con ello es posible evidenciar, como comentamos con anterioridad, que la división epistemológica entre individualismo y holismo metodológico constituye un falso dilema pues tanto el nivel de las estructuras como el nivel de los individuos participan de la configuración de lo histórico-social-cultural. Es a esto a lo que le hemos llamado pensar epistémico-metodológico, al amparo de la epistemología crítica aquí esbozada.

III.

Ante la imposibilidad perceptiva del ser humano para ver o constatar el movimiento de la realidad, tal y como aquí hemos considerado, este es sólo susceptible de entenderse al interior de un parámetro temporal. No hay movimiento en lo social que pueda explicarse fuera del tiempo. La razón es simple: el análisis del tiempo, o para ser más precisos, de la temporalidad

de los fenómenos sociales, permite advertir las coyunturas históricas como quiebres o puntos de inflexión de lo dándose en lo dado.

Ello a su vez posibilita ubicar los escenarios donde ocurren estos quiebres. Estos escenarios, tal y como aquí se ha propuesto, se entienden a partir de los fenómenos comunicativos que en tanto fenómenos de acción social son susceptibles de ser entendidos como fenómenos dándose, siempre en movimiento, debido a su propia naturaleza dinámica.

La comunicación es un fenómeno que siempre se está dando, que siempre se está haciendo, en tanto tiene lugar por medio de la relación de socialidad del individuo con su entorno, que es lo que fragua la interacción social entre individuos y grupos sociales. En ese sentido, podemos decir que la comunicación es parte constitutiva en la configuración de la historia, del devenir humano en sociedad, de manera que desde ella –como bien ha advertido Luhmann (1996)- es posible estructurar lo social.

La propuesta de la epistemología crítica, de la mano de Zemelman, ha servido así para postular que a los fenómenos sociales les subyace una dimensión comunicativa insoslayable que es donde anidan los escenarios de quiebre que hacen de la realidad social una coyuntura histórica. Es ahí, en dicha coyuntura, donde esta epistemología ha puesto el acento en tanto clave del análisis social, y donde nosotros a partir de ello hemos situado a la comunicación como dimensión constitutiva de la acción social.

La comunicación, así entendida, en tanto mecanismo para la socialidad, constituye el basamento de toda acción social. El uso expresivo de los significados que los sujetos construyen a lo largo y ancho de su experiencia de vida como individuos y seres sociales, configura la expresión comunicativa del sujeto que a través de ella afirma su existencia identitaria, es decir, su sentir y su pensar. La acción comunicativa, así vista, es una acción expresiva que sirve de caldo de cultivo para la interacción social, o sea, para la interacción sujeto-sujeto que configura, como es posible advertir, una relación de experiencia histórica intersubjetiva.

No se trata aquí de comprender a lo comunicativo como aquello que es común, que se comparte a partir de un código de entendimiento mutuo; sino más bien como un fenómeno de afectación mutua que potencialmente transforma la realidad social en la medida en que se va dando, a partir de la manera en que potencialmente –también- transforma o modifica los significados que conforman el mundo de la vida de los sujetos y grupos sociales en interacción, y por consiguiente a los sujetos mismos en función de su propia constitución histórica.

Así vista, la comunicación afirma la transformación, el movimiento, traduciéndolo a la realidad social a través de las relaciones sociales que a partir de ellas es posible establecer. De esta manera, es factible sugerir que el tipo, forma y contenido de la comunicación halla una suerte de correspondencia con el tipo, forma y contenido de las relaciones sociales; esta correspondencia, creemos, se factura de forma interdependiente pues si bien la comunicación contribuye a la gestación de las relaciones sociales, la rigidez de éstas –dada por los roles sociales que en ellas se articulan- también abona al tipo, forma y contenido de la comunicación.

Sin embargo, insistimos: aunque las relaciones sociales están ciertamente acotadas por el nivel de las estructuras sociales donde los agentes comunicativos se inscriben en tanto agentes sociales, entender el papel de la comunicación en su constitución permite también pensar la manera en que lo subjetivo –con toda la carga psicológica y afectiva que ello conlleva– participa en ellas.

De acuerdo a lo anterior, como se puede notar, la definición de comunicación que hemos intentando construir a lo largo de este libro se instala como categoría heurística para pensar lo social-histórico, en tanto el fenómeno comunicativo se concibe como parte fundante del mismo, fraguando su dinamismo.

En ese sentido, la vitalidad de la comunicación reverbera como agente de posibilidad para la transformación históricamente posible de la realidad social, lo que a nuestro juicio –como esperamos haber podido demostrar– configura el acceso metodológico a lo dándose de dicha realidad, contribuyendo así, desde una perspectiva comprensiva y procesual, a su abordaje científico. Desde estas premisas, el estudio de la realidad social será capaz de decirnos cómo ésta se ha constituido en lo que es. O lo que es lo mismo: cómo la realidad social del presente, desde el movimiento intrínseco que la configura potencialmente como inédita y única, se ha constituido históricamente en lo que, cuando la observamos, creemos, y damos por hecho, que es.

A partir de lo anterior, la comunicación viva revela así el movimiento de la realidad social, demandando desde su comprensión el posicionamiento de una unidad de análisis compleja, pero inevitable: la articulación entre subjetividad, historia y acción, la cual aparece manifiesta por medio de la expresión de los individuos y grupos sociales que se configura desde la acción social. De más está decir que es esta acción social la que constituye, así vista, la expresión comunicativa misma; de manera que postular a la comunicación como motor de lo social hace precisamente de ello la vía para la comprensión de la realidad que la propia dinámica social a su amparo permite configurar.